

ataques de aquéllos, haciendo devastar en 789 el país de los wiltzes hasta el Peene y obteniendo la sumisión de uno de sus caudillos, Dragowit. Las campañas más importantes fueron las que siguieron a la sumisión definitiva de Sajonia y cuya dirección estuvo á cargo de Carlos, el primogénito del rey. En 805, los tcheques, atacados por el lado de Baviera, de Sajonia y de la Dalmacia, refugiáronse en sus selvas, pero su territorio fué devastado y uno de sus duques, Lecho, pereció en la lucha. En 806 realizase la invasión del país de los sorabios, uno de cuyos duques, Milidovitch, también sucumbe, y los francos construyen dos castillos, uno á orillas del Saale y otro junto al Elba, en los sitios en donde más tarde se alzarán Halle y Magdeburgo.

La última guerra emprendida por Carlomagno lo fué contra los daneses. El caudillo de éstos, Godofredo, había dado asilo á Widukindo y sus marinos infestaban las costas de la Mancha; en 808 mandó construir al Norte del Eider, desde el Báltico hasta el mar del Norte, una muralla con una sola puerta para el paso de carros y caballos, y luego hizo decir á Carlomagno que deseaba entablar negociaciones, pero éstas no dieron resultado. En el mes de junio de 810, Carlos supo que doscientos barcos normandos habían assolado las costas y las islas de la Frisia y que las tropas enemigas habían desembarcado tres veces y exigido á los habitantes cuantiosas sumas de dinero. Corrían rumores de que Godofredo quería conquistar la Germania y apoderarse hasta de Aquisgrán, por lo que Carlos fué á acampar en la confluencia del Aller y del Weser, en donde recibió la noticia de que Godofredo había sido asesinado. El nuevo rey de Dinamarca, Hemming, pidió la paz, y en una entrevista que á fines del invierno celebraron á orillas del Elder doce condes francos y otros tantos daneses, se firmó un tratado.

Mientras combatía, Carlos había puesto en estado de defensa sus provincias marítimas. En 800 recorrió las costas, visitó los puertos é instaló guarniciones y se convenció de que sin una escuadra el reino franco no podría resistir los ataques de los piratas. El rey de Aquitania, Luis, mandó construir algunos buques para cerrar las entradas del Ródano y del Garona; además se crearon astilleros. En octubre de 811, Carlomagno revistó su flota reunida en Gante y en Boulogne é hizo restaurar en la última de estas dos ciudades el antiguo faro construído en tiempo de Calígula. A la muerte de Hemming, estallaron en Dinamarca, á causa de la sucesión de éste, discordias de las cuales se aprovechó Carlos para renovar con los nuevos príncipes el tratado firmado. El rey franco, reconociendo el peligro escandinavo y buscando los mejores medios de evitarlo, dió una vez más pruebas de su clarevidencia; en efecto, antes de poco los hombres del Norte, los normandos, serán los enemigos más temibles del Estado carlovingio.

Carlomagno, para defender su frontera terrestre, había organizado las «marcas.» Una marca se componía de varios ducados reunidos bajo la autoridad de un jefe único á quien los analistas denominan «el prefecto» (*praefectus limitis*) y cuyos compañeros son los «custodios de la marca» (*custodes limitis*), siendo designados los mejores funcionarios para desempeñar estos cargos de honor. Conocemos las marcas de España,

de Bretaña, de Friúl, de Pannonia y de Baviera; pero además hubo las de Dania, entre la desembocadura del Elba y el Eider, y de los sorabios junto al Saale; y aun aumentó el número de ellas en lo sucesivo, siendo sus jefes los «margraves,» es decir, los condes de la frontera. De estos cantones militares, cuya energía sostenían los perpetuos combates, nacerán varios Estados: Austria y Prusia tuvieron por cuna una marca.

VI.—Carlomagno emperador (1).

Eginardo, después de haber relatado las guerras de Carlomagno, termina su narración en los siguientes términos:

«Tales son las guerras que este rey muy poderoso sostuvo durante cuarenta y siete años, tantos como reinó, en las diversas partes de la tierra con la mayor sabiduría y el mayor éxito. De esta manera el reino franco, que había recibido ya extenso y poderoso de su padre Pipino, noblemente desarrollado por él, fué aumentando casi en el doble. Antes de él, este reino sólo se componía de la parte de la Galia comprendida entre el Rhin y el Loira, el Océano y el mar de las Baleares y la porción de Alemania habitada por los francos llamados orientales, entre la Sajonia y el Danubio, el Rhin y el Saale que separa á los thuringios de los suabios; además reconocen la supremacía de los francos los alamanes y los bárbaros. A estas posesiones agregó Carlos con sus conquistas, primero la Aquitania y la Gascuña, toda la cordillera de los Pirineos y todos los territorios hasta el Ebro; luego toda la parte de Italia que se extiende desde el valle de Aosta hasta la Calabria inferior, en donde está la frontera entre los griegos y los benaventinos, en una longitud de más de un millón de pasos; después la Sajonia, parte considerable de la Germania, tan larga y dos veces más ancha, según parece, que la porción de este país habitada por los francos; después las dos Pannonias, la Dacia, situada á la otra orilla del Danubio, la Istria, la Liburnia y la Dalmacia, exceptuando las ciudades marítimas que consintió en dejar al emperador á causa de la amistad y del pacto que con él le unían; y finalmente, todas las naciones bárbaras y salvajes situadas entre el Rhin y el Vístula, el Océano y el Danubio, casi semejantes por la lengua, pero muy diferentes por las costumbres y género de vida, y á las cuales sojuzgó hasta el punto de hacerlas tributarias.»

Esta página histórica no es completamente exacta, pues la conquista de la Aquitania fué obra de Pipino, y los bretones, de quienes Eginardo dice en otro pasaje que fueron dominados por Carlos, jamás se sometieron.

(1) FUENTES.—Vida de León III en el *Liber pontificalis*, tomo II. *Chronique de Moissac. Annales lavrashamenses*. Cartas y poesías de Alcuino (edición Dümmmler. *Poeta latini aevi carolini*, tomo I, en los *Monumenta Germaniae historica* en 4.^o). Theobano, *Chronografía*, edición de Boor, 1883-1887.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Döllinger, *Das Kaiserthum Karl des Grossen*, 1865. Lavis, *La fondation du Saint-Empire* («Revue des Deux Mondes», 15 mayo 1888). *Le Saint-Empire romain germanique et l'empire actuel d'Allemagne*, 1890. Kleinschütz, *L'Empire carolingien. Ses origines et ses transformations*, 1902. Harnack, *Das Karolingische und das byzantinische Reich in ihren politischen Beziehungen*, 1880. Gasquet, *L'Empire byzantin et la monarchie franque*, 1888.

Contra ellos envió el rey dos veces á sus generales, en 786 al senescal Audulfo y en 799 á Guido, prefecto de la marca de Bretaña; este último le trajo las armas de los caudillos enemigos con sus nombres grabados, pero los escritores francos siguen denunciando la «perfidia bretona» del mismo modo que denunciaron la «perfidia sajona.» Una nueva expedición enviada por los francos en 811 no dió mejores resultados que las anteriores. Salvo estos detalles, no hay mejor descripción del Estado franco que la de Eginardo.

Por otra parte, la autoridad de Carlomagno se extendía más allá del extremo límite de las marcas, pues sus relaciones con los jefes de los reinos vecinos parecíanse en muchos casos á un protectorado. En 798, Alfonso, rey de Galicia y de Asturias, después de haber saqueado Lisboa, le envía armas, mulos y prisioneros moros y manda decirle «que le pertenece como propio;» los reyes de Escocia le llaman su señor (*dominus*) y se denominan súbditos suyos (*subditi et servi*); Ofia de Mercie es su «carísimo hermano;» Eardulfo, rey desterrado de Northumbria, se avista con él en Nimega y gracias á él consigue ser restablecido en su reino; y los obispos y abades anglo-sajones le piden consejos, le recomiendan á sus peregrinos y le proclaman «su protector y su patrono.» La fama del rey de los francos se extiende de tal manera que el califa de Bagdad, Harún-al-Raschid, «prefiere su amistad á la de todos los reyes y príncipes de la tierra,» y envía á Carlomagno perfumes, especias, monos y un elefante, y le concede un derecho de protección sobre los Santos Lugares, del cual usa el rey ampliamente porque está en continuas relaciones con el patriarca y los monjes latinos de Jerusalén; Carlos llega á ser el bienhechor de los europeos establecidos en Oriente y aun envía dinero á Siria, á Egipto, á Alejandría, á Jerusalén y á Cartago para subvenir al sostenimiento de las iglesias y de los hospitales.

Este espectáculo maravilla á los contemporáneos, quienes se imaginan que el Africa y el Asia serán subyugadas por el poderoso rey de los francos y ven que no sólo le pertenecen la mayor parte de los países de lengua latina, sino que además depende directa ó indirectamente de él todo el mundo germánico y que á la posesión de Roma junta la de otras importantes ciudades de Italia, de la Galia y de Germania. Carlos se titula «rey de los francos que gobierna las Galias, la Germania y la Italia,» y Teodulfo, obispo de Orleans, enumera los ríos que le obedecen y en un poema compuesto hacia el año 796 exclama:

«A tu voz pónense en fila las naciones; aquí vienen el huno de cabellos trenzados y el árabe de suelta cabellera. En todo el mundo, ¡oh, rey!, resuenan tu nombre y tus alabanzas, y aunque el mundo dice mucho, no puede decirlo todo. Cabe medir el Mosa, el Rhin, el Saona, el Ródano, el Tíber y el Po; pero tu alabanza es inconmensurable. ¡Oh, cuán dichoso el que puede estar siempre á tu lado y contemplar tu rostro tres veces más brillante que el oro y tu frente digna del peso de la diadema!»

Lo que sobre todo admiraban los pueblos era que Carlomagno hubiese querido que el cristianismo fuera el principal lazo de unión entre tantas naciones separadas por la distancia, por la raza y por el idioma. Los

consejos que enviaba á los príncipes extranjeros se referían las más de las veces á la fe, y si había solicitado la amistad de los infieles de ultramar había sido para mejorar la condición de los cristianos que bajo su dominación vivían. Gracias á él ensanchóse el mundo cristiano; la Germania, conquistada para la Iglesia, ha entrado en contacto con el paganismo eslavo y no tardará en atacarlo. Si se quisiera dar un calificativo á su reino, sería preciso llamarle «el reino cristiano.» En concepto de los contemporáneos, todos los pueblos agrupados bajo su autoridad forman un solo pueblo, «el pueblo cristiano, *populus christianus*;» y para ellos no hay más que un Estado que en el pasado pueda ser comparado con el fundado por los francos: el Imperio romano.

La idea imperial no había desaparecido del todo en Occidente: el imperio continuaba siendo, á lo menos para los eruditos, el Estado ideal, el único capaz de hacer reinar la paz en el orbe, y era creencia muy generalizada la de que constituía la forma definitiva de la humanidad, y que su última hora sería el fin del mundo. A los príncipes se les citaban como modelos los emperadores cristianos, Constantino, Valentiniano, Teodosio, y las conquistas carlovingias y el renacimiento literario que entonces se produjo (1) reavivaron el recuerdo del imperio. Los que rodean á Carlomagno y están empapados en la lectura de los clásicos del tiempo de Augusto encuentran gran semejanza entre el rey de los francos y los grandes emperadores ortodoxos de otro tiempo. Para él se escogen títulos superiores al de rey, llamándosele señor de la tierra (*dominus terrae*); es «el más célebre de los reyes, el que el Creador, movido á compasión, ha dado á los pueblos para que sea su defensor y su padre,» y se le denomina «el señor Carlos, muy fiel adorador de la fe ortodoxa, grande en toda la elevación de la dignidad real, notable por las coronas gloriosas y triunfales que Dios le ha otorgado.» Su corte, su palacio y sus órdenes son calificadas de sagradas; se le habla también de los decretos de su imperio y de la gloria de su reinado imperial. ¿Acaso el título de emperador no es el que corresponde al jefe de todo el Occidente, al señor de la «Roma imperial, de la Roma de oro?»

Dos graves obstáculos, sin embargo, separaban á Carlomagno del imperio: el hecho de existir un emperador en Constantinopla, Constantino VI, y la circunstancia de no mostrarse el papa Adriano favorable al proyecto que tanto entusiasmaba á los partidarios del rey.

Adriano sentíase cada vez más alarmado al ver que el rey franco sentaba su autoridad en Italia, que tomaba en serio el patriado y que pedía que éste fuera definido para convertir en realidad esa dignidad vaga. Además, podía echar en cara á Carlos el incumplimiento de la promesa que le hiciera en 774 de ampliar la donación de Pipino y el no haber cedido á la Santa Sede más que unas pequeñas porciones de territorio. Las relaciones entre estos dos hombres son curiosas: profésanse

(1) Véase más adelante, libro III, capítulo IV.



Denario de plata de Carlomagno, emperador.

estimación y amistad recíprocas, y ambos comprenden que son grandes personajes, servidores de una causa en parte común, jefes, en lo temporal el uno y en lo espiritual el otro, de aquella sociedad de soldados y de sacerdotes que formaba entonces la cristiandad, el uno combatiendo y el otro rezando, asociados como en otro tiempo Moisés y Aarón, según poética frase que se encuentra en una carta de Carlomagno. Pero el papa y el rey no estaban de acuerdo sino á condición de no discutir las cosas que les separaban. El papado acariciaba entonces un sueño grandioso y extraño: en los primeros años del pontificado de



Soldados francos del siglo IX, según un manuscrito de la época.

Adriano apareció un famoso documento, la donación de Constantino, en el que se decía que este emperador, después de haber sido bautizado por el papa Silvestre en Letrán, había cedido al sumo pontífice el poder y los honores imperiales, la clámide de púrpura, la corona de oro, «la ciudad de Roma y los lugares y ciudades de Italia y de todo el Occidente,» es decir que había hecho de él el emperador de Occidente. ¿Hasta qué punto se dejó engañar Adriano por esta invención de un falsario? Imposible es decirlo, pero es lo cierto que se fundaba en el imaginario documento para disputar los derechos que el rey de los francos pretendía ejercer sobre la ciudad de Roma, que Carlos acabará por considerar simplemente como una de las metrópolis de su imperio. Además, el papa recordaba á Carlomagno que el patriado efectivo pertenecía á San Pedro, y se mostraba dispuesto, en caso necesario, á entenderse con el César bizantino y crear en el centro de Italia uno de esos Estados vasallos, autónomos de hecho, pero que reconocían la supremacía imperial, como los había entonces en el imperio griego.

Mientras vivieron el emperador Constantino VI en Constantinopla y el papa Adriano en Roma, las cosas no pasaron adelante; pero en 797 murió Constantino, á quien había hecho arrancar los ojos su madre Irene, y ésta se apoderó del gobierno, pudiendo entonces considerarse vacante el imperio desde el momento en que había ido á parar á manos de una mujer. Dos años antes, León III había sucedido á Adriano como soberano pontífice.

Era ya en aquella época muy singular el contraste entre el poder del papado en el mundo y su debilidad en Roma; su seguridad veíase turbada por los barones, poseedores de haciendas y castillos en el campo y que á menudo pretendían disponer de la sede apostólica. León III, modesto funcionario del palacio antes de su exaltación, escogido por el clero á pesar de los nobles, necesitaba más que otro alguno protección; así es que mediatamente después de elegido envió á Carlomag-

no el estandarte de Roma y le prometió fidelidad. Agredido y herido cruelmente en las calles de Roma en 15 de abril de 799, refugióse en Paderborn al lado de Carlomagno, el cual le restituyó á Italia acompañado por una escolta y no tardó en dirigirse personalmente á Roma.

En 23 de noviembre de 800, fué recibido Carlos con los mayores honores en el burgo de Nomentum, distante doce leguas de aquella ciudad, en la que hizo su entrada al día siguiente con el mismo ceremonial que en 774. En 1.º de diciembre celebróse una asamblea del clero y de los nobles romanos y francos para examinar las acusaciones formuladas contra el papa por sus adversarios, y aunque no recayó decisión alguna, León III, instado por el rey, por los obispos y por los Padres allí presentes, purgóse de los crímenes que se le imputaban mediante juramento prestado el día 23 sobre los cuatro evangelios. Dos días después, estando el pueblo reunido en San Pedro, el papa cinó con la corona imperial la cabeza de Carlos, que rezaba inclinado delante del altar mayor, y los asistentes exclamaron: «¡A Carlos, Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!» Tres veces se repitieron estas aclamaciones, y luego el sumo pontífice «adoró» al emperador, según costumbre observada con los antiguos Césares.

Al salir de San Pedro dijo Carlomagno que «si hubiese conocido los propósitos del sumo pontífice no habría entrado en la iglesia á pesar de ser aquella la principal fiesta del año.» Este testimonio, que es de Eginardo, no puede ser recusado, pero ¿cómo explicar la frase de Carlomagno? No puede significar que el rey no quisiera el Imperio ni que ignorase que se trataba de otorgárselo, pues aun cuando no tenemos muchos datos acerca de tan extraordinario acontecimiento, bien se vislumbra que antes del 25 de diciembre deliberaron obispos, romanos y francos, y no parece posible que no advirtieran y consultaran á Carlos. Por otra parte es positivo que no se le había comunicado que la ceremonia se verificaría el día de Navidad y que el papa le pondría la corona en la cabeza. Teniendo esto en cuenta y considerando que más adelante coronará con sus propias manos, sin intervención de papa ni obispo, á su hijo Luis, cabe suponer que le incomodara recibir la corona de manos del papa y que le hubiera gustado ceñírsela él mismo, á fin de que el pontífice no se arrogara sobre él un derecho de superioridad. Quizás también habría querido, antes de tomar el título imperial, entablar negociaciones con los griegos (1). Los emperadores bizantinos eran los legítimos herederos de los antiguos Césares; para que Carlos fuese verdaderamente emperador romano, era conveniente que su título fuera reconocido en Constantinopla como lo era en Roma, y á este efecto practicó importantes gestiones que duraron hasta fines del reinado.

Las relaciones de los griegos con el rey de los francos antes de 800 habían sido muy poco cordiales, tanto que aquéllos habían tomado parte en los complots tramados contra él en Italia. En 781, Rothruda, hija de

(1) Es posible asimismo que Carlos afectara una especie de humildad de tradición, como la del clérigo que, nombrado obispo, huía á las selvas.



CARLOMAGNO (copia de Alberto Durer)

Carlos, desposóse con Constantino VI; pero cuando, cinco años después, fueron los funcionarios bizantinos en busca de la joven, el proyecto de alianza quedó roto, en vista de lo cual los griegos desembarcaron en Benavento un ejército que fué derrotado. Siendo ya emperador, y viudo de Liutgarda, Carlomagno pensó de nuevo en un matrimonio que uniera las dos casas, proponiéndose con tal objeto casarse con Irene, con lo que reinaría en Oriente y en Occidente; al efecto envió á Constantinopla dos embajadores, pero en aquel momento el patricio Nicéforo relegó á Irene á un monasterio y se apoderó del trono. El usurpador, que era partidario de una inteligencia con los francos, remitió á Carlomagno, por conducto del metropolitano Miguel, una carta amistosa; pero Carlos, á quien alarmaban las lentitudes y las astucias cancillerescas, envió primero emisarios al país de los griegos, á Sicilia, á Dalmacia y á Venecia, y luego un ejército y una escuadra. En 806 el dux de Venecia y el duque de Zara se sometieron al rey de los francos; en cambio una flota griega reconquistó la Dalmacia. En 809, Pipino de Italia se apoderó de las islas de Grado y de Chioggia.

Entonces los griegos resolvieron entrar en tratos. Nicéforo acababa de morir en una batalla contra los búlgaros y le había sucedido su yerno Miguel, quien mandó una embajada á Aquisgrán. Recibióla el emperador en la iglesia de Nuestra Señora y declaró que renunciaba á Venecia y á la Dalmacia, saludándole entonces los embajadores con el título de «Basileo,» que llevaban los emperadores de Oriente (812). Aquel mismo año, dos emisarios francos, el abad Pedro y el obispo Amalario de Tréveris, llevaron á Constantinopla un tratado aprobado por los magnates eclesiásticos y laicos y firmado por Carlomagno, debiendo traer, en cambio, una copia del mismo firmada por Miguel y aprobada por sus sacerdotes, por sus patricios y por los magnates de su corte. «Bendecimos á Dios, decía Carlomagno, y le damos gracias de todo corazón por haber querido establecer la paz durante tanto tiempo buscada y siempre deseada entre el imperio de Oriente y el de Occidente.» Pero mientras los embajadores francos se hallaban en camino de regreso á Aquisgrán, Miguel fué destronado por León el Armenio; y cuando llegaron á Francia, acababa de fallecer Carlomagno. Esto no obstante, cangeáronse las últimas negociaciones á principios del reinado de Ludovico Pío.

El mundo parecía, por consiguiente, haber vuelto á aquellos tiempos en que estaba gobernado por dos emperadores romanos, residente el uno en Occidente y en Oriente el otro; por dos emperadores considerados como hermanos y á quienes se suponía reinando conjuntamente en el imperio, que permanecía uno é indivisible. Este es un ejemplo singular de la influencia que el pasado ejerce sobre las imaginaciones. Todos los hombres pensadores conservaban el culto de la unidad y de la paz romanas, que creyeron restablecidas por ceremonias y por palabras; pero el Oriente y el Occidente, más diferentes que nunca, no podían juntarse, ni podía el imperio llegar á ser una verdad en Occidente, porque todas sus instituciones, todas sus costumbres, todo su espíritu habían allí perecido en medio del desorden de las invasiones y del establecimiento de poblaciones

nuevas. No tardaremos en ver lo que, al contacto de la realidad, fué de este imperio restaurado en el año 800 por hombres que no sabían á ciencia cierta lo que era el antiguo ni lo que sería el nuevo.

CAPITULO III

EL GOBIERNO DE CARLOMAGNO (1)

I. El emperador.—II. El gobierno central. El palacio. Las asambleas y las capitulares. Los concilios.—III. La administración local. Condes, obispos y «missi.»—IV. La justicia, los impuestos y el servicio militar.—V. La sucesión de Carlomagno.

I.—El emperador (2)

Carlomagno no era tal como nos lo representan la leyenda y el retrato; no tenía esa barba magnífica, larga hasta la mitad del pecho, ni llevaba ese traje suntuoso cargado de pedrería, ni usaba esos atributos con que todavía suelen adornarle los artistas, como el cetro, el globo con la cruz y el bastón de manzano terminado por una bola de plata cincelada. Según los documentos escritos ó pintados más auténticos, era de elevada estatura, pero no «siete veces mayor que la longitud de su pie,» de cuello corto y abdomen prominente; tenía la cabeza redonda, los ojos grandes y animados, la nariz algo larga, la cabellera abundante y el bigote á la moda de los francos; y no llevaba barba. Su voz parecía demasiado chillona para su cuerpo.

No era, pues, el emperador tan majestuoso como se cree comúnmente, pero inspiraba respeto por la firmeza y dignidad de su porte. Vestía generalmente, como los francos, una camisa de lino y una túnica corta, prendas á las cuales agregaba en invierno algunas pieles; tiras de cuero oprimían sus piernas y sus pies, y completaban su traje un manto azul y una espada con guarda y cinturón de oro y plata. Para las grandes fiestas religiosas y para las recepciones de embajadores extranjeros, la tela de su vestido era mejor y los bordados más ricos; en estas ocasiones llevaba Carlos la diadema de oro

(1) FUENTES.—Los *Annales Royales* y la *Vie de Charlemagne*, por Eginardo, contienen algunos datos interesantes. Véanse sobre todo: las Capitulares de Carlomagno, en Boretius, *Capitulare regum Francorum*, págs. 44-259; el tratado de Hincmaro sobre la organización del Palacio (*De Ordine Palatii*), ediciones Prou, 1885, y Verminghoff, á continuación de las *Capitulare regum Francorum*; las Cartas de Alcuino, sus Poesías y las de Angilberto y de Teodulfo, en los *Poeta latini aevi carolini*, edición Dümmel, 1881, tomo I.

OBRAS DE CONSULTA.—Lehuereu, *Histoire des institutions carolingiennes et du gouvernement des Carolingiens*, 1843. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte im frankischen Reich*, tomos III y IV, *Die Karolingische Zeit*, 1883. Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, tomos I y II, 1887-1892. Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, 1892. Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, páginas 231-321. Dan, *Die Könige der Germanen*, tomo VIII. *Die Franken unter den Karolingern*, 1895-1900. Esta última obra contiene abundantes bibliografías.

(2) *Vie de Charlemagne*, por Eginardo. Poemas de Angilberto y de Teodulfo sobre León III y Carlomagno, y «A Carlos rey,» en los *Poeta latini aevi carolini*, tomo I, págs. 366-374, 383-389. Respecto de Aquisgrán, consúltense: Haggen, *Geschichte Aachen von seinen Anfängen bis zur neuesten Zeit*, 1873; Prost, *Aix-la-Chapelle*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de France,» 1890, y las numerosas memorias publicadas en la *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins*.